

Mujeres de Guatiza, protagonistas de su pasado y su presente en el Imparcial

Fuente: Canarias actual- 22 Noviembre 2016



El Imparcial comenzó a abrir sus puertas a diario a partir de la década de los setenta. Esta es la imagen que se ve desde la carretera.



El nieto y la hija de Eulogia Guerra, en el piano en el que aprendió a tocar de oído para las fiestas de la época.

Llego a Guatiza entusiasmada por conocer el Imparcial y el piano donde aprendió a tocar Eulogia Guerra. Su familia me ha hablado de este lugar, que se constituyó en sociedad de vecinos el 18 de julio de 1926, cuando el campo se trabajaba de lunes a sábado. Eulogia, entonces, todavía era una niña despierta que ya apuntaba maneras sobre la extraordinaria mujer que recuerdan todos lo que me hablan de ella.

Representa una época en la que las condiciones de vida marcaron a generaciones enteras. “Era dura como la gente de antes. Incapaz de molestar a nadie hasta que amaneciera, aunque tuviese que aguantar el dolor de haberse roto algo en un movimiento desafortunado durante la noche”, me cuentan su hija Marusi y sus nietos.

Mientras nos tomamos una cerveza en una de las mesas de el Imparcial, me imagino a Eulogia de joven en aquel piano desde el que se atrevía a amenizar las fiestas con piezas que tocaba de oído. Porque talento era algo que tenía para dar y regalar.

Puede ser que en aquellas tardes de domingo desarrollara su inclinación natural a hablar con todo el mundo, fuesen mucho más mayores o más jóvenes que ella. Esta grandeza de espíritu la acompañó le acompañó durante toda su vida. Hasta tal punto que, hasta sus 95 años, resultaba inevitable que atrajera como la miel a todos quienes la conocían. Responsable de ello eran su conversación, su grandeza de miras y un increíble don para ver más allá y resaltar las cualidades de cada uno, animándole a conseguir todo lo que se propusiese en la vida.

Pienso en eso y en Guatiza. Su entorno. La tierra que la vio nacer. Al nordeste de Lanzarote, en el municipio de Teguise, y muy cerca de Arrecife, se sitúa en un gran llano de extraordinaria belleza. Guatiza está rodeada de volcanes y calderas, junto al barranco de Tenegüime, que fuera Paraje Naturas de Interés Nacional, y hoy declarado Paisaje Protegido.



La fertilidad de esta tierra explica muchas cosas que tiene ver con su historia, con lugares como El Imparcial, sus gentes y sus descendientes, quienes regresan a este valle sereno de casas blancas, aljibes, molinos y hasta un observatorio en la montaña de Guenia.

En Guatiza hubo un tiempo en el que en las tiendas sólo podías comprar petróleo por botellas, aceite, fideos y arroz. De eso sabe mucho Antonia Delgado, que acaba de cumplir 77 años y nació detrás del mostrador. Es la hija de Rafaela, la de la tienda de toda la vida, y se encarga desde hace 25 de la explotación de El Imparcial, cuando no había más agua para el whisky que la del aljibe.

Recuerda que leyó en una carta que el dinero para crear la histórica sociedad salió de “unas cebollas que mandaron para Cuba”. Nos cuenta que en los bailes , con músicos de Las Palmas, “el sitio de los hombres estaba en la barra y en el patio. Mientras que el salón estaba reservado para las mujeres, acompañadas por sus madres en el noventa por ciento de los casos”, nos dice Antonia y se ríe.

Entonces sólo se abría los domingos: “Los hombres venían a echarse cuatro pizcos y a jugar a la baraja, porque pasaban el resto de los días trabajando en el campo”. Guatiza era la tierra del grano. Se daban especialmente bien los garbanzos, las lentejas y las judías. “Cada casa se autoabastecía con su propia cosecha y funcionaba el trueque entre las familias”, explica Antonia y aclara: “Por eso teníamos sólo cuatro cosas en la tienda”. Nos habla de una época en la que la única forma de abastecimiento de agua era la lluvia. De ahí la necesidad de un aljibe en cada hogar, a cuya entrada se ponía “cal virgen”. “Los



ricos tenían dos y sólo cogían el agua de la azotea que estaba más clarita. Además tenían dos camellos y dos burros y pon tu que tuvieran 10 gallinas”, termina por aclararnos Antonia.

La hija de Rafaela también nos habla de un producto de Guatiza cuya calidad es reconocida en todo el mundo, “la trabajaban las mujeres y era el extra para ir haciendo una habitación o comprar los muebles”. Se trata de la cochinilla. Un insecto que se cría en las hojas de las tuneras y del que se extrae un tinte, llamado carmín. Este producto tiene la cualidad de convertirse en un colorante natural, que no contiene tóxicos, y se utiliza en cosméticos, telas, producción de vinos y alimentos. “Las mujeres después de dejar hecho el potaje y mandar a los niños al colegio se iban a recoger cochinilla”, afirma Antonia y recuerda que “entonces la compraba un tal Señor Quintana, que venía de Arrecife y traía los sacos para llevársela”.

Son recuerdos de otras épocas. El Imparcial sigue en pie y, hoy, a la tiendita de Antonia se la conoce como “la que falta”. Porque a ella se va a buscar precisamente eso, “lo que falta”, casi como tiempo atrás en el que sólo vendía las cuatro cosas que las familias no podían producir ni intercambiar.